

## La llamada

Dos, nueve, cinco...es la tercera vez que marco el número y no sé para qué insisto cuando en realidad estoy temiendo que alguien pronuncie el consabido *¿diga?* Es una tortura, no sé para qué hago esto. ¿Si? Buenos días, esto... ¿es usted M<sup>a</sup> del Carmen Granados? ¿Si? Pues a ver...es difícil de explicar quien soy. Quizás comience por decirle quien no soy, puede que sea más fácil. ¡No! No es ninguna broma, por favor, no me cuelgue. Al contrario, nada más lejos de mi intención que hacerle perder el tiempo, señora. He tardado mucho en decidirme a llamarla, y, si lo he hecho, no es precisamente por que me encuentre demasiado a gusto haciéndolo. Entiéndame.

Aunque usted no me conozca personalmente, de alguna forma he estado durante mucho tiempo muy cerca de usted. ¿Que si estoy loco? No, no se preocupe, no está usted hablando con ningún psicópata aburrido ni con ningún depravado sexual. Sobre su mesilla de noche llevo acompañándola hace años. ¡Y yo sin saberlo! Si, sobre su mesilla de noche, contemplando involuntariamente sus desvelos, su sin vivir y olfateando de cerca el olor de su conciencia intranquila. ¿Qué cómo se eso? Por que de pronto, he encontrado la respuesta a las miles de preguntas que, desde pequeño, impidieron que durmiese como un niño debe dormir: tranquilo, sin que el miedo le sobresalte de noche. Me pide que sea más claro. Lo voy a intentar. ¿Qué le diga en primer lugar cómo me llamo? Pues lo haré encantado. Pedro. Me llamo Pedro. Quizás eso no le diga nada. Pero si le digo que tengo un enorme lunar en el entrecejo, entre unos ojos verde claro heredados de mi padre...a lo mejor eso la saca de dudas. ¡La de veces que mi pobre madre buscó la foto! “¡La has escondido Pedrito, dime donde esta! Es la mejor fotografía de papá. Además estaba contigo. Los dos hombres de mi vida”, decía mientras hundía sus delicadas manos entre mis rizos. De haber sabido que mi

padre se la regaló a usted me habría ahorrado el trabajo de deshacer bolsas, cajas de cartón y de repasar laboriosamente álbum tras álbum de la repisa del salón. Con los años, la fotografía quedó olvidada, como la costumbre de mi padre de regalar flores los viernes a mamá y llevarla de viaje tres veces al año. ¿Se ha quedado muda o es que ahora lo va viendo más claro? ¿Que tiene una ligera idea? No. Estoy seguro de que usted no puede tener una idea, ni siquiera aproximada, del sufrimiento que hemos padecido estos años. Seguro que no. Se lo prometo. Usted no tiene hijos, lo se. Ese detalle la salva. Porque si los hubiera tenido, sabría en su propio pellejo cómo puede sentirse una mujer que ve desintegrarse poco a poco su mundo y hubiera sido más cruel aún su modo de actuar. Imagínese ver cómo sus hijos se van quedando poco a poco sin su padre. ¡No! No intente ahora ponerse en el papel de “pobre mujer que no ha conseguido formar una familia”. Perdome, no es mi intención llamarla para atiborrarla a reproches, no. Sólo que...póngase en mi lugar. Tengo al otro lado del teléfono el gran libro de respuestas a nuestras desgracias y ¡qué menos que poderle decir lo que pienso! ¿Qué no tengo ningún derecho? ¿Ah, no? ¿Y usted? ¿Tenía usted derecho a hacer que mi padre se olvidase de que existíamos? ¿Tenía usted derecho a atarlo a su cama, junto a la fotografía, privándome de él? Que sepa que desde que la conoció, nunca más vino a ver un partido de fútbol al colegio. Hacía el intento, pero cuando aparcaba, me dejaba con la madre de algún amigo y me decía bajito: “no digas nada a mamá que luego la pobre se preocupa de que trabaje tanto, pero me han llamado de la oficina”. De detalles como ese ha estado jalonada toda nuestra vida. He crecido viendo como la tristeza empequeñecía y consumía a mi madre. Sin solución. Sólo puedo agradecerle, aunque a estas alturas resulte grotesco, un detalle: la discreción con la que han mantenido su relación. Si además de hacernos desgraciados en silencio y en secreto lo hubiese sabido la gente, no se qué habría sido de mí y de mi madre. Yo no supe de su existencia con certeza hasta hace unos días, pero ella lleva sufriendo su pena en silencio desde hace años. ¿Está llorando? ¿Por qué? Si aún no le he

contado el motivo de mi llamada... ¡También podría haber llorado antes! Quizás esas lágrimas nos hubieran devuelto a tiempo a usted la cordura y a nosotros a mi padre.

Que injusta es la vida. A mis treinta y cinco años empiezo a comprender tantas cosas... Era un niño y no entendía nada. Creía que todas las familias eran igual de desgraciadas, pero ahora que tengo una, descubro cuán equivocado estaba. Agradezca M<sup>a</sup> del Carmen esta circunstancia, porque merced a ella es por lo que he dado el paso de ponerme en contacto con usted.

Se que hace más de un mes que no tiene noticias de mi padre. No, no... ¡Por favor! No me niegue que se veían a diario por que a estas alturas resulta infantil, ¿no le parece? Tantos años juntos... ¡Por Dios! Aunque sea por dignidad no le niegue usted ahora. Pues bien, el mes pasado mi padre comenzó a sentir un dolor en el abdomen que lo llevó una noche de cabeza al hospital. Tras hacerle los análisis pertinentes y un reconocimiento a conciencia, el médico no quedo satisfecho y decidió ingresarlo. Tenía un tumor obstructivo que había condenado su hígado de forma fulminante. No hizo falta radioterapia, tampoco la temida quimio... un parche de morfina fue el único consuelo que el médico le aconsejó. ¡No llore por favor, no llore! Lo siento tanto...lo siento hasta por usted. ¡De verdad! No diga que no, por favor...Mi padre, en uno de esos momentos de lucidez en que voluntariamente decidió cortar el suministro del paliativo, prefiriendo hablar conmigo aún a costa del dolor, me contó su historia. Siento ahora que me viese llorar, no creo que mereciera llevarse ni una sola de las escasas sonrisas que mi cariño pudiese haberle provocado en mi infancia. Me dijo que no quería irse de este mundo sin explicármelo todo. ¡Como si me hiciese feliz saber los detalles! Tras la confesión, se sumió voluntariamente en un coma barbitúrico, aconsejado por el doctor que llevaba su enfermedad, y murió al día siguiente. ¿Pobrecillo? No, mujer, no...ni se enteró. ¿Qué fue discreto hasta para irse de este mundo? Es verdad, en eso tiene razón M<sup>a</sup> del Carmen.

El caso es que lo incineramos, y cuando en el tanatorio nos dieron sus cenizas en un envase de esos baratos y pretenciosos que usan para estos casos, mi madre y yo no sabíamos qué hacer con él. Lo paseamos en el asiento de atrás del coche hasta el restaurante donde habíamos quedado con mi mujer y mis hijos para comer. ¿Qué eso fue de mal gusto? Si, no se lo niego. Más que mal gusto, indiferencia. En fin, que tras los postres decidimos ir a tomar café a una terraza de la playa, y, como los niños querían ir con mi madre, se subieron al asiento trasero. Para evitar preguntas incómodas, colocamos la copa con lo que quedaba de papá en el maletero. Me avergüenza reconocer que lleva allí más de un mes, arrinconada entre mis palos de golf y las raquetas de tenis de los niños. Por eso, tras acordarlo con mi madre, hemos decidido regalárselas. ¿Con quién mejor ha estado mi padre que con usted? ¿A quién ha dedicado la mayor parte de su vida? Justo es pues, que sus cenizas pasen a su poder. Le dejaré la copa discretamente empaquetada, de forma que no se adivine su contenido, en la portería de su casa. Y usted, si es tan amable... ¿lo será, verdad M<sup>a</sup> del Carmen? le deja al portero en un sobre la fotografía. ... Es cuestión de que todo vuelva al sitio en el que siempre debió estar. Hágalo por favor. Usted me ha quitado tanto y yo le pido tan poco... Gracias.

**Emy Luna**